



Derivas de la literatura del siglo XXI

Marcelo Casarin
(coordinador)

Editorial CEA / Colección Posdoc N°7



cea-sociales
centro de estudios
avanzados



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

Derivas de la literatura en el siglo XXI



cea-sociales
centro de estudios
avanzados



Universidad
Nacional
de Córdoba

Otros títulos de la Colección Posdoc

En torno a las ideas de Manuel Castells: discusiones en la era de la información

Marcelo Casarin (Coordinador)

Ciencias sociales: balance y perspectivas desde América Latina

Pampa Arán y Marcelo Casarin (Coordinadores)

Universidad, producción del conocimiento e inclusión social:

a 100 años de la Reforma

Marcelo Casarin (Coordinador)

Derivas de la literatura en el siglo XXI

Marcelo Casarin

Juan Acerbi

Ignacio German Barbeito

Marcelo Bianchi Bustos

Martiniano Blestcher

María Soledad Boero

Carmen Susana Cantera

Raquel da Silva Ortega

Martin De Mauro Rucovsky

Virginia P. Forace

Laura Maccioni

María Alejandra Nallim

Carolina R. Repetto

Alicia Vaggione

Tomás Vera Barros

Colección Posdoc

La colección POSDOC fue creada por Francisco Delich, en el año 2012, con la finalidad de difundir los resultados del programa posdoctoral del Centro de Estudios Avanzados que él mismo fundó y dirigía. Los tres primeros títulos, publicados por la editorial Comunicarte, son los siguientes: *Marx, ensayos plurales* (2012), *Muerte del sujeto y emergencia subjetiva* (2014) y *Economía, política y sociedad* (2017).

A partir del número 4 la colección continúa bajo el sello editorial del Centro de Estudios Avanzados.

Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Hugo Oscar Juri

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales,
Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Coordinación Ejecutiva: Alicia Servetto

Coordinación Editorial: Mariú Biain

Comité Académico de la Editorial

M. Mónica Ghirardi

Daniela Monje

Alicia Servetto

Alicia Vaggione

Juan José Vagni

Coordinadora Académica del CEA-FCS: Alejandra Martín

Coordinador de Investigación del CEA-FCS: Marcelo Casarin

Asesora externa: Pampa Arán

Cuidado de edición: Mariú Biain

Diseño de Colección: Silvia Pérez

Diagramación de este libro: Silvia Pérez

Responsable de contenido web: Diego Solís

© Centro de Estudios Avanzados, 2020

Derivas de la literatura del siglo XXI / Juan Acerbi ... [et al.]; coordinación general de Marcelo Casarin.- 1a ed.- Córdoba: Centro de Estudios Avanzados. Centro de Estudios Avanzados, 2020.

Libro digital, PDF - (Posdoc)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-1751-92-1

1. Literatura. 2. Crítica Literaria. 3. Escritura. I. Acerbi, Juan. II. Casarin, Marcelo, coord.

CDD 809.05



Atribución-NoComercial-
SinDerivadas 2.5. Argentina

Índice

Qué literatura, qué derivas Marcelo Casarin	9
La poesía ha sobrevivido a la humanidad. Arte, inteligencia artificial y subjetividad en el siglo XXI Juan Acerbi	17
Experiencia, narrativa documental y realismo en Sergio Chejfec Ignacio German Barbeito	29
El desafío de enseñar literatura infantil en el nivel superior Marcelo Bianchi Bustos	47
El cuento literario como catalizador del filosofar Martiniano Blestcher	61
Rostros y umbrales: algunos aportes en torno a tres materiales estéticos María Soledad Boero	79
Representaciones coloniales en la narrativa factual y ficcional de una viajera del siglo XIX Carmen Susana Canterá	97

La enseñanza de literatura en la educación media de Brasil y de Argentina: posibles encuentros Raquel da Silva Ortega	115
Un hombre a pie por la pampa tiene algo de escandaloso Martin De Mauro Rucovsky	131
La exploración narrativa de la fotografía en los textos de Martín Caparrós Virginia P. Forace	153
Figuras de escritor en la literatura cubana del siglo XXI: políticas de la lengua y del archivo en Orlando Luis Pardo Lazo Laura Maccioni	175
(Des)géneros: escrituras travestidas y literatura zombi en la narrativa reciente del norte argentino María Alejandra Nallim	193
Los borradores como espacio de traducción: preliminares Carolina R. Repetto	215
Poéticas de la sensibilidad. Derek Jarman y su tratado sobre el color Alicia Vaggione	231
Escrituras objeto: tecnologías, poética y experimentación en la literatura argentina contemporánea Tomás Vera Barros	251
Sobre los autores	279

Un hombre a pie por la pampa tiene algo de escandaloso¹

Martin De Mauro Rucovsky

En lo siguiente vamos a considerar tres cuentos que insisten, como telón de fondo, sobre la pregunta por el suelo y el territorio a través de experiencias de ‘trauma terrestre’ (Casid, 2005) y contaminación generalizada. Así, en un primer escenario, *Un pequeño mundo enfermo* de Julián Joven y *Machos de campo* de Púber P (ambos de autoría de Cristian Molina) como figura singular de estos corrimientos en relación a una topografía marica y disidente que se dispone en una geografía rural o semiurbanizada (Leones, provincia de Córdoba), escenario de la industrialización agropecuaria, la soja como trasfondo de las dinámicas extractivas y los vínculos sexo-afectivos. Lo que emerge en estos textos como sensorium anticipatorio y en tanto ordenamiento sexo-disidente del territorio, es un saber marica de la devastación ecopolítica en curso. Y en un segundo momento, a partir de *El regalo de virgo* de Mariano López Seoane, la topografía marica y disidente tiene lugar en un escenario de devastación medioambiental y desertificación del territorio. Y en esa trama narrativa marcada por la eco-política, los procesos de destrucción y acabamiento de los recursos naturales, lo que se despliega en *El regalo de virgo* es un devenir cactáceo de sus protagonistas, o en otros términos, la posibilidad emergente de lo vegetal y las temporalidades ampliadas de largos procesos geológicos-terrestres.

¹ Una versión previa de este artículo salió publicada en revista *Landa*, Vol. 8, N°1, 2019, bajo el título “Swing de campo grande”. [En línea] <http://www.revistalanda.ufsc.br/vol-8-n1-2019/>

Un campo natural

Planteado el recorrido y el corpus que motiva la presente indagación, quisiera comenzar con un interrogante que funciona como hipótesis general: ¿cuáles son nuestros imaginarios culturales de la sexualidad y sus topografías?, ¿dónde ubicamos las narrativas maricas disidentes, en qué espacialidad y en qué emplazamientos? “¿Dónde se ubican estas sexualidades y estos cuerpos? ¿Qué espacios y territorios de lo nacional se imaginan, emplazan y proyectan sobre estas sexualidades disidentes?” (De Mauro Rucovsky, 2018a). Pero más aún, ¿cuáles son nuestros imaginarios culturales respecto de aquellas transformaciones de la sexualidad, lo rural-campestre, el suelo y el territorio?, ¿de qué modo se vinculan uno y otro elemento en el imaginario cultural reciente? Y por último ¿qué piensa, qué sabe y qué enuncia la literatura sobre estos desplazamientos de la disidencia sexual en un entorno contaminado y desfondado como es el paisaje rural contemporáneo? La zona de indagación, que en principio peca de generalidad y amplitud, apunta a una serie de desplazamientos en aquello que constituye una matriz normativa de la hetero-cisexualidad nacional. Adelantando la hipótesis de lectura, lo que ocurre es un movimiento de torsión doble pero coincidente sobre aquellos imaginarios que vinculan la mística virilizada de lo masculino heterosexual, patriarcal y lo rural respecto de la presencia insistente de la disidencia sexual y marica² al tiempo que, los entornos rurales-campestres pierden, como foco de intensidad creciente, aquellos atributos ligados a lo natural, la estabilidad y la abundancia de recursos. Se trata entonces, de un espacio narrativo de inestabilidad (De Leone, 2016: 196) producto de una doble desnaturalización simultánea y coincidente, los predicados de lo natural y lo rural (y vale agregar, un cierto esencialismo

² Vale aquí una indicación, nos referimos a la presencia insistente de sexualidades disidentes y maricas en materiales culturales recientes respecto de las transformaciones del ecosistema rural, tal como indicamos en la serie textual previa. No obstante, cabe señalar que tal presencia puede funcionar como clave epistemológica para lecturas retrospectivas, ¿qué pasa si no leemos la literatura gauchesca, las crónicas de viaje interior y el naturalismo decimonónico en términos heterosexuales, tal como sucede en Moreira (1987) de Néstor Perlongher, *Los cautivos: el exilio de Echeverría* (2000) y el cuento *El amor* (2015) de Martín Kohan y *Las aventuras de la China Iron* (2017) de Gabriela Cabezón Cámara?

telúrico) como espacialidad viril heterosexual se agotan al tiempo que el campo abandona aceleradamente su capacidad de alegoresis natural (Andermann, 2012: 24)³. Y esto es producto de la completa modificación de los ecosistemas, especies, cultivos y entornos como efecto de la intervención humana y tecnocientífica, la desertificación de bosques, la extinción de especies y con especial énfasis en las últimas décadas, como efecto de la industria agrofarmacéutica. En efecto, aquello que se lee y que se preanuncia en *Un pequeño mundo enfermo* y en igual medida en *Machos de campo*, un sensorio marica y un tipo de educación sentimental homoerótica en el contexto de una crisis ecológica generalizada respecto de la sostenibilidad y la reproducción de la vida, esto es, la sojización y la utilización de pesticidas (a base de glicosato), el monocultivo como modelo de capitalización extractiva y la aceleración de la devastación medioambiental. Ese es, precisamente, el escenario del que parte *El regalo de virgo*, un tipo de parentesco sexo-afectivo entre maricas que ocurre en un peregrinaje en barco pero que vislumbra toda una trama de agotamientos de los suelos, la desertificación del territorio y la catástrofe ecopolítica.

Un campo de machos en la pampa sojera

Un pequeño mundo enfermo (2014) es un poemario hecho de versos y procedimientos experimentales que, como anuncia su título, construyen un territorio rural alrededor de cuerpos enfermos y el cáncer, la muerte y los cadáveres pero también una atmósfera de putrefacción y decadencia general. Julián Joven (Cristian Molina) construye un vocabulario corporal que

³ La alegoresis natural hace referencia a esa operación epistemológica que escondía y telurizaba la violencia colonial y social sobre un territorio “virgen”, indómito y primordial, a la espera del germen fecundizador occidental (Andermann, 2012: 24). Esta idea de naturaleza estable y disponible para el dominio del hombre se vincula también al “machismo antropológico implícito en la idea de una conquista épica de la naturaleza” (Danowski & Viveiros De Castro, 2019: 209). Por su parte, la genealogía de este imaginario cultural de lo rural-masculino-heterocisexual es, en efecto, más extensa y de mayor aiento. No obstante, es posible rastrearlo –al menos– desde la culminación y crisis del modelo agroexportador decimonónico y el desplazamiento de amplios sectores del nuevo proletariado rural hacia la metrópoli, lo que incluye, como mencionamos previamente, a la literatura gauchesca, las crónicas de viaje interior y al naturalismo decimonónico.

se despliega alrededor de la enfermedad (el horizonte de la soja y el monocultivo) y un tipo de educación sentimental marica, ya sea la “felicidad masoquista” de un padre de familia con un puto o los niños pequeñitos amariconados que “arrastraban el deseo en fantasías perversísimas”. En ese registro de interfaz y cruzado se mueve el texto de Cristian Molina, entre gusanos, parásitos, el ardor en la piel o las estrías que se tensan y en convergencia, una sexualidad subterránea, de circuitos periféricos, de ocultamientos y pantallas.

Lo que se percibe en este territorio rural y periférico es un proceso de putrefacción, acaso una insistencia que vuelve, las moscas y los gusanos avanzando sobre los cuerpos y el territorio. Así como las moscas, parásitos y gusanos avanzan sobre los cuerpos-territorios (escritura de tono realista), la enfermedad también se va desplegando en el poemario, página tras página va creciendo en tamaño y disposición, a nivel de texturas temáticas, en el registro gráfico visual y los procedimientos formales (escritura de inspiración vanguardista experimental). Inicialmente una doble ce (“cc”) hasta llegar a ocupar páginas completas con la inscripción reiterativa y anagramática de “carne, cercan, cáncer” y finalmente estas páginas se repiten pero en resaltado negro, al modo de bloques rasgados e incompletos.

Moscas y gusanos que horadan toda materialidad posible, de nuevo, el suelo y los cuerpos: “Abrieron el cajón y salieron moscas de la nariz del cadáver” y de trasfondo, “el campo atrás. Soja, mucha mucha Soja” (Molina, 2014: 12). Moscas en los platos de comida, moscas que salen de las cunetas o que vinieron de los costados, porque las moscas son⁴, en similitud a los gusanos sojeros de *Machos de campo*, el insecto (siempre sacrificable) que crece en las heridas de un mundo en descomposición:

Las ciudades se llenan de moscas vinieron de los costados
y las autoridades
piensan evacuaciones masivas hacia la luna

⁴ Al respecto, el trabajo de Franca Maccioni (2014) parte de la poética de J. O. Giannuzzi y las moscas para pensar aquello que la poesía desune ante las narrativas del ocaso y que, precisamente, abre la posibilidad para que algo nuevo pueda aún emerger. Las moscas y los cadáveres, entonces, reflejan esa “mínima potencia de vida que se dona para quienes saben hacer de la carroña su forma” (Maccioni, 2014: 34).

la luna será conquistada
porque las moscas se robaron el mundo nada quedará
ni los campos ni tus Palas
ni las cosechadoras ni los cadáveres
en los campos en las palas
en las cosechadoras en los cementerios
y emprenderemos el mundo nuevo
sin las moscas
sin las moscas (Molina, 2014: 36).

Aquello que desestabiliza la matriz normativa de la heterosexualidad nacional, “la normalidad del mundo” (sic) escribe Molina, es una plaga que crece desde las entrañas del campo. En los galpones de las cerealeras, o en la sexualidad marica enmascarada, ese “miedo a los hombres –a ser hombre–”, en el cáncer del abuelo, el asma del padre y el ardor del gordo que sueña con parásitos. Son las moscas y todos estos pero más aún, son “los motores a todo trapo de las cerealeras en la madrugada” y la cosecha expansiva de soja, esos actantes no-humanos que envenenan y contaminan la tierra. Eso es lo que anuncia el poemario de Julián Joven, en efecto, se trata de interpelar las acciones humanas y sus efectos en el macroambiente:

Por eso todos piden que alguien
escriba y que alguien lea
para la supervivencia de la especie
pero nadie –o pocos– lo hacen
a pesar de sus beneficios (Molina, 2014: 74).

Aquello que se lee como trasfondo sensible de una época (en el sentido geológico del término) apunta a los procesos que están sucediendo a nivel de los suelos y el medioambiente envolvente y que se refieren al agotamiento ambiental y civilizatorio en curso, como indica el verso anterior: “nada quedará / ni los campos / ni tus palas / ni las cosechadoras / ni los cadáveres / en los campos”. Lo que está en juego, y esa es la materia sensible sobre la que trabaja

Un pequeño mundo enfermo, es aquello que viene después –“que alguien escriba y lea para la supervivencia de la especie” apunta Molina– en tanto acabamiento de una época pero que concierne a la especie misma, a lo “humano” de la catástrofe “producida por el hombre”.

“Nada quedará / ni los campos / ni tus palas / ni las cosechadoras / ni los cadáveres / en los campos” (Molina, 2014: 36) o “que alguien escriba y lea para la supervivencia de la especie” (Molina, 2014: 74) ese tono resuena en muchos de los debates y disputas alrededor del cambio climático y la crisis medioambiental: ¿cuáles son las condiciones de reproducción y sostenimiento de la vida?, puesto que la vida y la supervivencia de la especie humana está, precisamente, en riesgo. Un tiempo que ha llegado a su fin, una epocalidad ha concluido en el sentido geológico y en lo que concierne a la especie humana. Ya sea porque haya o no comenzado con nosotros, o porque si se deba al influjo humano (el *antropoceno* como origen antrópico del cambio climático), *capitaloceno* (relaciones de producción, consumo y extracción de capital), *plantacionoceno* (el monocultivo y las granjas decimonónicas y las prácticas patriarcales, raciales y coloniales) o *chtluceno* (entidad tentacular de simbiosis y cohabitación mutua interespecies y de heterogeneidades espacio-tiempo), lo que marca el impacto de la técnica humana a nivel de las capas geofísicas de la tierra y las atmósferas envolventes.

En cualquier caso, nuestro tiempo es un presente sin porvenir, el nuestro es un tiempo que dará lugar a otra época geológica sin nuestra presencia (desaparición humana) y cuya anulación planetaria está en juego pero fuera de nuestro alcance. Ante la pregunta por la historia planetaria, el cambio climático, la tierra, el suelo y lo geográfico (Povinelli, 2016) lo que cobra mayor relevancia es una perspectiva de lo no-humano. En otros términos, se trata del cambio de escalas, rangos y dimensiones no estrictamente humanas –el hombre deja de ser la medida de todas las cosas– respecto de procesos más largos y vastos como lo son la historia (cosmológica) planetaria (su ubicación en una constelación y en una galaxia), la geología de las capas terrestres y las tectónicas de placas (millones de años de duración).

En resonancia con su poemario previo, *Machos de campo* (2017) es un libro de relatos, o una constelación de historias como escribe su autor Púber P (Cristian Molina), que giran en torno a la educación sentimental y sexual de mariconcitos, adolescentes, chongos, travestis y también de maricas adultas en Leones, ciudad del interior, en el sudeste de la provincia de

Córdoba. De un modo subterráneo a la moral sexual de Leones, *Machos de campo* conforma un tipo de sensorium ciertamente clandestino. Educación sentimental y emocional que se construye sobre la base de la ocultación y su par complementario, el cotilleo, el secreto y la vergüenza pública o sobre aquello que “no se puede nombrar” pero que sí se puede nominar como reza la cita inicial de Alberto Laiseca. Pero también circulan afectos y aprendizajes en *Machos de campo*, en prácticas imperceptibles y detalles mínimos, bombachas rosa y meneos de pelvis, chicos que se masturban mirando porno, discos de Madonna, el tango “Naranjo en flor” y “el tema de Moulin Rouge”. Y ese lugar de enunciación emocional es el que despliega el texto, justamente, el chisme pueblerino, los recuerdos menores o el cotilleo susurrado de tías maricas, como repertorio narrativo.

Entre el pueblo y el campo, las distintas historias que componen *Machos de campo* traen a la superficie una geografía del deseo o una deseografía (Parrini, 2018) –donde la exploración es grafía-escritura, cartografía y topografía del deseo– entre vecinos, camioneros, padres de familia, niños, amigos y compañeros de colegio. El texto de Púber P narra situaciones de le-vante, crusing (lo que otrora fuera el *yire*)⁵, prácticas sexuales mayoritariamente homoeróticas en un geografía móvil que se construye cada vez, sea la banquina lateral de la ruta, en el ciber del pueblo, en un vagón de tren abandonado, en los montes de caña y árboles, debajo del puente de la laguna inmóvil, o al costado de la ruta, en el kiosquito rutero de camioneros y chongos que se paran a comer un sánduche de milanesa⁶.

⁵ El *yire* o *yro* nombra al “contacto callejero entre extraños y a los encuentros furtivos en lugares públicos, particularmente en parques y baños públicos, llamados “teteras”, al resguardo y especialmente durante la noche. Una de las características de estos espacios es que permitían concretar contactos sexuales *in situ*, sin necesidad de trasladarse a otro lugar. A menudo no existía para sus frecuentadores otro ámbito disponible para un encuentro” (Sívori, 2005: 26). Política del *yire*, tal como registra, por tomar un caso emblemático, Néstor Perlongher (1999) que hace del *yire* una poética y una metodología de investigación y en este sentido, un modo de encuentro-producción de conocimiento.

⁶ Aunque la atribución identitaria se desdibuja, y esta es una de las subhipótesis centrales cuando afirmamos que es la geografía del deseo o la deseografía y no las marcaciones identitarias el foco de *Machos de campo*, no obstante vale recordar que nos referimos (de un modo deliberadamente anacrónico) a los chongos para resaltar, precisamente, la pérdida de pregnancia de tal categoría. El chongo se predica de “quien transitaba el ambiente sin identificarse

El campo, situado en las afueras de Leones y en ese pliegue geocultural que es el interior de la provincia de Córdoba, es un espacio de homosociabilidad subterránea y una geografía del deseo clandestina que revela, de un modo lateral y minoritario, lo engañoso de ese espacio campestre: “el depósito que tenían en medio del campo. Lo único que había era ese galpón y soja, soja, soja, hasta tapar la panorámica” (Púber P, 2017: 17). Así, la ecuación del verde tupido con la fertilidad, la abundancia y lo ameno son expuestas por Púber P en su capacidad de describir y revelar las transmutaciones del ambiente acosado por la agroindustria y la utilización de fertilizantes tóxicos. Lo que es decir, el pasto verde y resplandeciente de los cultivos de soja y su contaminación inmanente:

Los gusanos aparecieron de golpe. No, no sé de dónde, pero se arrastraban por los surcos de soja, gigantes, como si movieran con ellos la llanura en declive. No eran de seda. No. Eran como larvas, marrones, engendros de algo que iba a metamorfosearse para engullirnos (Púber P, 2017: 22).

Entonces, lo que se deja leer es un indicio de la devastación por venir, pero vale la indicación, esto ocurre como trasfondo latente, en un interdicto de escenas secundarias y lecturas laterales:

Después, dijeron que los gusanos habían venido de exportación. De un país centroamericano. Que habían hecho túneles subterráneos a través de los cuales viajaban. Y mataban a los machos de campo. Claro, están los que dicen que esto es mera historia, que nunca pasó. Pero si no, dígame, ¿dónde quedó el trencito del amor? Nunca más pudimos ir después de los gusanos: lo destruyeron (Púber P, 2017: 25).

como homosexual era llamado ‘chongo’, un nombre que subrayaba su rudeza viril. El término se aplicaba también a cualquier hombre que no manifestara inclinaciones homosexuales, manteniéndose libre de ese estigma social. Desde el punto de vista de la loca, el lugar del verdadero chongo es imposible. ¿Sería por lo tanto, un gay de apariencia masculina, que actúa como heterosexual, un chongo? Chongos se llama también a los taxi boys (muchachos que realizan trabajo sexual profesionalmente) y a otros hombres que buscan tener relaciones mediadas por algún tipo de contrapartida económica, en cuya performance se espera que ‘hagan de hombres’” (Sívori, 2005: 84-86).

La metamorfosis anuncia un tipo de peste y de plaga que acecha el orden de cosas. Sea la soja o la sexualidad marica, la contaminación, la homosociabilidad y los gusanos, ese es el nudo de condensación de sentidos que *Machos de campo* logra capturar, un paisaje de abandono que, como efectos de la devastación agrofarmacéutica, cambia de signo. En otros términos, son los putos, maricas y las sexualidades disidentes pero también los gusanos, la soja, las larvas y engendros que anuncian una destrucción por venir. Esto es, una cierta idea del ecocidio aparece aquí narrada como destrucción del entorno (en un doble sentido, del suelo y de los machos de campo) producto de agentes exteriores (engendros de exportación, gusanos centroamericanos y valga la redundancia, los machos de campo).

Así, lo que vaticina *Un pequeño mundo enfermo* y que despliega *Machos de campo*, es un saber marica de los procesos de desmontaje del entorno rural vinculados a la contaminación, el envenenamiento de los cuerpos y la transformación del paisaje campestre. No obstante, este saber marica se orienta no tanto a la búsqueda de una afirmación identitaria ligada a narrativas de visibilización (Sedgwick, 1998) frente a la clausura normativa sino más bien a una geografía del deseo homoerótico, una cartografía de sus vibraciones y sus prácticas sexuales que subyacen de modo subterráneo al imaginario rural hetero-cisexual. Y si tal saber de la disidencia sexual se anuncia en estos materiales, este se encuentra en distintas prácticas homoeróticas y en todo un sensorium marica de la periferia (educación afectiva, popular y sentimental de provincia) aunque también ilumina esa dimensión inasimilable y anti-social de la sexualidad. Este componente marica en la sexualidad rural que resiste toda codificación en términos de comunidad, identidad o en términos de subjetividad se anuda con procesos ecopolíticos pero desde una vinculación próxima con la muerte, por su impulso hacia lo inorgánico. En efecto, catástrofe medioambiental y sexualidad marica se leen como pulsiones de muerte en el sentido en que, retornando a Freud, De Lauretis (2010) y Edelman (2008) nombran el límite mismo de lo socializable y lo simbolizable⁷. La mariconería de provincia

⁷ Por pulsión de muerte, inspirado en la lectura que Freud hace de la Primera Guerra Mundial, se indica la pulsión que no se orienta hacia la muerte como final último de un recorrido de vida sino hacia lo anterior del acontecer individual y anterior a toda experiencia de satisfacción (principio de placer y dolor). Es la regresión hacia lo inorgánico, la sensación de catástrofe inminente y extrañamiento o el impulso hacia lo inorgánico en su intersección con la sexualidad.

pero más aún, las prácticas sexuales funcionan como desestructurantes que dislocan las inscripciones sociales y culturales del deseo e irrumpen tanto en los imaginarios como en la socialización rural. Pulsión de muerte, entonces, porque sitúa esa fuerza que desmonta y desidentifica el imaginario campesino sin reponer un nuevo lazo sino que, por el contrario, apunta hacia una zona de contigüidad con lo informe, lo no-humano, la materia viviente (Giorgi, 2015) en adyacencia con gusanos y moscas, con la soja, los pesticidas y los agrotóxicos. Lo que nos interesa aquí es un aspecto que el saber marica ilumina y que se vuelve expansivo como una variante de las narrativas sobre catástrofe medioambiental, régimen climático y relatos de los fines. Una de las contribuciones claves de la pulsión de muerte marica pasa por la cuestión de la temporalidad. Dado que, justamente, el tema de la sojización y las moscas en Cristian Molina y según veremos, la sequía generalizada, el devenir cactáceo y el clima desértico en López Seoane, se asocia a una narración otra a partir de la puesta en escena de una cierta precariedad ambiental (De Mauro Rucovsky, 2018b) esto es, la vulnerabilidad y la finitud corporal pero también los lazos de interdependencia y de exposición compartida.

Por *precariedad ambiental* o *precariedad posnatural* nos referimos a ese vínculo de interdependencia con otros vivientes y actantes inanimados que nos constituye. En tantos seres vulnerables, frágiles, inestables y expuestos a otros (de nuevo, animales humanos, vegetales, plantas e inanimados) nos sostenemos a partir de ese lazo de interdependencia mutua. El vocablo *precariedad-ambiental* y *precariedad-posnatural* (De Mauro Rucovsky, 2018b) se predica de los procesos de precarización generalizada de la vida (y su respectiva ontología social corporal inspirada en Judith Butler) pero circunscripta a las transformaciones medioambientales, climatológicas y ecopolíticas en términos planetarios y respecto al problema de la tierra y los suelos. Así como la precariedad se refiere a lazos mutuos entre animales humanos y no-humanos y otros seres vivientes, es necesario hacer lo mismo en lo que concierne a la relación entre vivientes y seres inanimados para así considerar también la fragilidad y vulnerabilidad de los suelos, la tierra y el medioambiente.

El saber marica es un tiempo diferido respecto de las cronologías normativas del campo y lo natural, sus temporalidades lineales, la metafísica de la pampa y su presunta estabilidad lineal saturada políticamente de futuro y prosperidad. Así, este saber marica de la precariedad

ambiental alcanza a tensionar las narrativas de protección, inmunización y estabilidad del suelo y de ciertos cuerpos y alcanza su lugar en la medida en que insiste sobre la inviabilidad de lo social. O en otros términos, se refieren a la futuridad colectiva o movimiento narrativo hacia un futuro posible de reproducción de la vida y la especie porque como insisten estos materiales, se trata del acabamiento de los recursos naturales, el desgaste de los suelos y la sostenibilidad de la vida.

Una flor de cactus en la puna

Se trata, por tanto, de un libro de antropología fitográfica o de botánica etnográfica. Un tratado del humano en tanto que árbol. O del cuerpo humano como fruto monstruoso de una simbiosis con el fruto vegetal que desea.

Paul B. Preciado, “Prólogo”, en Duen Sacchi, *Ficciones patógenas* (2018)

El regalo de virgo de Mariano López Seoane es un relato breve que narra un viaje al noroeste de Argentina emprendido por un grupo de amigos en ocasión del cumpleaños número cincuenta de su protagonista Mariano. Viaje de vacaciones entre parejas y amigues, con una bebé de taxonomía incierta (llamada Kasia Mann) y Mariano, narrador y protagonista marica. El periplo de este grupo se realiza por una ruta de tierra pero en bote, viaje futurista no exento de lirismo, ¿una nave interestelar? o un barco navegando por tierra y avanzando a oscuras (“bondades de la tecnología darkroom”, escribe Seoane).

El regalo de virgo construye una estética fantástica y por momentos realista pero marcada por un registro *camp* y *kitsch* a lo F. Fellini (*E la nave va*). Ciertamente, la figuración de los protagonistas maricas responde a un imaginario de asimilación gay, a diferencia de la homosociabilidad rural retratada en *Machos de campo* y *Un pequeño mundo enfermo*, aquí se trata de cuerpos entrenados y tallados con una cierta fuerza física, de un sex appeal pop y de cuerpos estilizados a fuerza de anabólicos, esteroides y hormonas, lo que recuerda la pluma de Tom de Finlandia.

Un barco de grandes dimensiones y un viaje recreativo, lo narrado por López Seoane se sucede entre el sauna de proporciones dantescas (organizado en círculos concéntricos), la ha-

bitación camarote que comparte con sus amigos y los conductos de ventilación de la misma embarcación. En efecto, el foco del texto de Seoane está puesto en la transformación de la beba Kasia en un chongo posthumano con quien Mariano establece un vínculo de parentesco sexo-afectivo y de enamoramiento repentino.

Escrito con una prosa cuidada y con una retórica lasciva, la fábula del “Golem Gay” (como bien apunta María Moreno en la contratapa) logra tematizar un tiempo de las catástrofes ecológicas y tragedia medioambiental ligado directamente al cambio climático (de acuerdo a distintas coordenadas conceptuales, Gaia y Antropoceno es el personaje-clave que nombra esa catástrofe). La proximidad del sol con la tierra, la escasez de combustible y de todos los bienes, pero sobre todo son los efectos del calentamiento global que reseca la corteza terrestre y que produce una escasez generalizada de agua, la sequía inminente que se extiende y la desertificación definitiva de la tierra son el trasfondo meteorológico de *El regalo de virgo*.

La catástrofe que anuncia el relato de López Seoane presupone la crisis del entorno medioambiental y un horizonte de extinción de la especie humana pero atravesados por una metafísica pop (como escriben Danowski y Viveiros De Castro, 2019: 32), tal como se la presenta, en una relación de reciprocidad que liga la ficción científica y la literatura fantástica en la búsqueda por estrategias de supervivencia. Y esto ocurre, en toda la floración disfórica del relato, en el vínculo que se establece entre crisis ambiental y la idea misma de especie humana (que se ve interpelada, asimismo, por la crisis).

A lo largo de las páginas de *El regalo de virgo* la idea de una sequía generalizada resuena de modo expansivo porque pareciera que la “humanidad misma es una catástrofe”, es decir, un evento devastador en la historia del planeta (Danowski y Viveiros De Castro, 2019: 45). Así como algo de lo humano y lo terrestre está agotado, pareciera que tal desastre civilizatorio y geofísico es, pues, una zona de experimentación biogenética que arroja al chongo dionisíaco en los umbrales más allá de lo humano, en dirección de lo vegetal y lo cactáceo. En efecto, la transmutación de la bebé Kasia en Bomba (bautizado así por su partenaire Mariano) está atada a experimentos de hibridación genética y clonación que buscan la supervivencia humana frente a la sequía y la escasez de agua. En efecto, Bomba es el resultado de una organización filantrópica alemana formada por científicos, estudiosos y sabios que se propone vencer al

tiempo. Y tal cometido lo llevan a cabo estudiando los secretos de la botánica y diseñando un porvenir para la humanidad, o de igual modo, ligando la supervivencia de lo humano a la tenacidad de las plantas, lo que es decir, a través de la creación de una forma de vida posthumana capaz de vivir cientos de años sin necesidad de cantidades significativas de agua.

El umbral de lo humano es, para esta organización científica alemana, “una frontera en guerra” porque allí se mide, justamente, la supervivencia de lo humano en un horizonte de devastación y aniquilamiento. La pregunta por la vida y la posibilidad de la vida, por la supervivencia, sostenimiento, habitabilidad y reproducción de la vida, el estudio del origen, evolución, distribución y futuro de la vida en condiciones de destrucción masiva y aniquilamiento, los medios para la detección y los estudios sobre las posibilidades de que la vida se adapte a los desafíos de la tierra y más allá de esta, todos estos interrogantes (biopolíticos pero más aún, geo-políticos como apunta E. Povinelli) son el horizonte último de la organización alemana y que a su vez se inspiran en principios científicos del campo de la astrobiología y la exobiología.

La bebé Kasia se transforma en chongo Bomba producto del contacto con la humedad en el sauna y hacia el final del relato, este vira a lo inerte porque el “chongo épico” deviene cactus en un monte del desierto salteño. El desierto es, para esta organización secreta, un estado de lo natural aplanado, “pegado a la nada y al vacío” y es ahí, justamente, donde se gestan las formas más resistentes, cactus que son la “representación botánica de la lucha por la supervivencia” (López Seoane, 2017: 55). Los cactus (familia *cactaceae*) son un índice de la supervivencia porque son “máquinas de guerra” capaces de absorber el agua muy rápidamente o incluso ralentizar el proceso de evaporación y también porque protegen “el biodrama en cámara lenta” (López Seoane, 2017: 56), de allí su capacidad de almacenar el agua por largos períodos. Similar a las piedras en su dureza, indiferente como los reptiles que habitan los suelos áridos, emparentados a organismos, virus y bacterias que viven en condiciones de criptobiosis⁸, los cactus son organismos extremófilos (de extremo y la palabra griega φιλία =

⁸ La criptobiosis es un estado que consiste en la suspensión de los procesos metabólicos o en un estado de animación suspendida, en la que algunos seres vivos entran cuando las condiciones ambientales llegan a ser extremas. Un organismo en estado criptobiótico puede vivir indefinidamente hasta que las condiciones vuelvan a ser de nuevo tolerables.

afecto, amor, es decir “amante de condiciones extremas”) capaces de preservar una chispa de vida aún si no cae agua durante años, lo que apunta a otro modo de vinculación entre vida y supervivencia o entre lo inanimado y lo animado, el cactus detiene ese gasto incesante que llamamos vida, en efecto, para sobrevivir, escribe López Seoane, “hay que darle la espalda a la vida, guarecerse de ella” (2017: 56)⁹. Y con ello, el metabolismo vegetal del cactus puede referirse a los procesos de equilibrio, disipación, ralentizamiento y muerte (indefectible) de fuerzas térmicas y energéticas que participan del principio de entropía ecológica (Leff, 2006: 30)¹⁰.

Ciertamente, Bomba deviene cactus por un error de cálculo en la sociabilización gay (que lo expone a los vapores húmedos y acuosos del sauna) pero también porque esta planta representa, para la inteligencia científica del grupo germano, una capacidad vegetal de supervivencia en entornos climáticos de intemperie y exposición solar extrema. A fin de cuentas es así como finaliza *El regalo de virgo*, Bomba y Mariano mutan en plantas de cactus en algún monte del desierto salteño que bien podría ubicarse en la puna de Atacama o el desierto del diablo.

La crisis ecológica, tomada como preanuncio de la extinción de la humanidad, encuentra a maricas en dirección a lo no-humano, lo inorgánico o una materia viviente vegetal (entidad botánica y astrobiológica, las cactáceas). En este sentido, y en sintonía con los textos *Un pequeño mundo enfermo* y *Machos de campo*, el lirismo taxonómico de López Seoane sitúa a los maricas en proceso vegetal como desestructurantes sociales y culturales, es decir, el devenir vegetal responde también a una pulsión de muerte (De Lauretis, 2010; Edelman, 2008) más próxima a la materia viviente, lo no-humano, posthumano o lo informe. En otros términos, retomando aquello que se lee en la narrativa de Cristian Molina, el saber marica de la crisis ecopolítica trae a escena una “materia viviente cuyo estatuto y naturaleza aparecen bajo el signo de una nueva interrogación” (Giorgi, 2015: 122), en este caso, sobre los imaginarios culturales de lo rural, el suelo y lo campestre. Pero este saber es también una zona de iman-

⁹ Entre la totalidad de la comunidad de las variedades de cactáceas, es el *Rebutia senilis*, *Rebutia krainziana*, *Rebutia minuscula* o *Rebutia marsoneri* (“corona de fuego”) el que ocupa un lugar de privilegio para esta organización. Originario de Salta, es un cactus bajo, de la especie fanerógama con espinas no tan punzantes pero que crece en grupos hasta ofrecer un estallido de flores rojas y naranjas.

¹⁰ Agradezco a Belisario Zalazar por la referencia al trabajo de Enrique Leff y tantas otras indicaciones.

tación que gira alrededor de una temporalidad diferida, una temporalidad marica informe que puede pensarse en el límite de lo viviente y lo social, en otros términos, se trata de un futuro no-reproductivo porque lo que está en juego es la sostenibilidad de la vida y la especie.

El límite que traspasa lo humano, en dirección a lo vegetal, involucra aquí un cambio de perspectivas, de las mediciones mismas y de las escalas cronológicas en general. La transformación cactácea de Bomba primero y seguidamente de Mariano, recordemos que esto sucede producto del pacto amoroso de Mariano en comunión con el destino indefectible de Bomba, implica un devenir atravesado por ontologías no humanas, en sentido estricto y literal, por ontologías vegetales. La vida vegetativa (*psychétrrophiké*) de Bomba y Mariano supone la imbricación recíproca entre medio (mundo) y viviente o entre continente y contenido, esto es, fundirse en el monte desértico significa estar inmerso en un medio que nos penetra con la misma intensidad con la que nos penetramos. Y este vínculo es de mutuo entrelazamiento, “tal como lo ejercían las células y los microorganismos, los gérmenes y las bacterias, los líquenes y los insectos, las plantas y hasta cierto punto los animales” (López Seoane, 2017: 108). Se trata de una vida vegetal de alianzas mutuas o una vida que revela la “estructura metafísica de la mixtura” incluso a nivel de temporalidades presentes, pasadas y futuras (escribe Coccia) pero cuya estructura es también fluida.

La relación entre viviente y mundo, contenido y continente es constantemente reversible. En este sentido no hay prioridad del medio sobre el viviente, la vida vegetal produce una reorganización de la jerarquía topológica puesto que privilegia la superficie sobre el volumen. Pero también porque está integralmente expuesta (acción de compenetración recíproca en forma de inmersión fluida) al mundo que la rodea al tiempo que no tienen necesidad de la mediación de otros vivientes para sobrevivir –son metabólicamente vivientes autotróficos–. Es así que la inmersión no se refiere a una simple determinación espacial, no hay mundo fijo, estable y sólido que se halle en contigüidad o yuxtaposición entre dos cuerpos que se tocan sino más bien una acción de compenetración recíproca entre sujeto y entorno, cuerpo y espacio, vida y medio (Coccia, 2017: 21-24).

Para sellar su pacto sexo-afectivo, los cactus Mariano y Bomba se funden con el mundo, con el devenir de la materia, espacio de vida total, horizonte espacial y temporal, en este sen-

tido el cactus es “necesidad cósmica”, apunta Coccia (2017). Observemos que, para López Seoane y releydo por las discusiones en torno a Gaia y Antropoceno, el devenir cactus da lugar a una temporalidad de largo alcance, un cambio de magnitud y una escala más amplia que la finitud humana, digamos de unas pocas décadas: “es cierto que parecen haber estado acá antes que nosotros, que tienen algo de dinosaurios, de habitantes originales, de legítimos dueños de la tierra, en la que reinarán muchos años después de nuestra desaparición” (López Seoane, 2017: 56). En efecto, “¿Qué puede significar ser-humano en este tiempo y cuando lo humano es algo sedimentado en la geología del planeta?” (Alaimo, 2016: 1)¹¹. Devenir cactus y hacerse vegetal con el monte, “la visión de un monte ampliado” escribe López Seoane (2017: 109), rodeado de piedras, algunos fósiles e insectos, termina por vincular la transformación de los humanos (como agentes biológicos) en fuerzas geológicas inmanentes. El devenir cactáceo trae a la superficie sensible la pregunta por la tierra, los nichos ecológicos y, en simultaneidad, la pregunta por ¿cómo hacerse mundo con la tierra? En otros términos, lo que el desenlace de la novela de López Seoane sugiere es que esa comunión amorosa de Bomba y Mariano en el monte salteño contribuye a una temporalidad geofísica del cactus o de un teatro de lo inmóvil donde la inseparabilidad de lo animado y lo inanimado, digamos, los maricas, los cactus y el monte desértico apuntan a una capacidad geológica más allá de las fronteras humanas o más próximos a lo geo-vegetal.

Bomba y Mariano adoptan la forma cactácea (*cactaceae*) con areolas que desarrollan espinas y tricomas, una flor estallada en tonos de rojo y rosado, una delgada corteza, los brazos en protuberancias de tallo e incluso los pies se inmovilizan en raíces fijas. Así como ocurre con esta mutación inicial, la vida vegetal es “un eterno reinventarse” porque, a diferencia de los vivientes animales (cuyo desarrollo y transformación culmina en algún punto determinado), los cactus poseen la capacidad de construir nuevos órganos y nuevas partes de su propio cuerpo. La transformación en plantas y el fundirse con el ambiente árido implica aquí el devenir de la materia y la invención de formas que no conoce interrupción y no cesan en

¹¹ En original en inglés (la traducción es mía): “What can it mean to be human in this time when the human is something that has become sedimented in the geology of the planet?” (Alaimo, 2016: 1).

su desarrollo. Y aquí vale de nuevo la pregunta, ¿cómo hacerse mundo con la tierra? y agrega Latour (2012) ¿qué mundo están ensamblando?, ¿con quiénes se alinean?, ¿con qué entes proponen vivir? La vida vegetal de los cactus, ese devenir marica vetegómorfico, es un estar-en-el-mundo en una forma de inmersión donde todo es un medio fluido, en estado de movimiento y permeabilidad pero así también de composición, compost y conexión con otros elementos vivos e inertes –lo que incluye a un medio árido y desértico, el monte y la puna–, a Mariano y Bomba en comunión, distintos microbios, bacterias, flores, etc.

Vida vegetal, zona de lo impersonal (Espósito, 2009) y fuerza geológica, el devenir cactus supone aquí un campo narrativo más allá de las fronteras de la vida y de lo humano, pero presupone también la invención de una manera de producir mundo (worldmaking) en un movimiento de multiplicación y diferenciación fluida aún cuando los vaticinios apocalípticos y la destrucción generalizada del planeta-mundo no deje de anunciararse. Elementos vivos e impersonales, el destino ulterior de los cactus maricas es un medio fluido que no conoce interrupción, como lo muestra la conexión etimológica entre humus, humano y humanidad, ellos son los vivientes que provienen de la tierra y el polvo y al que regresan.

Un saber marica de la catástrofe ambiental, una narrativa queer de los fines

Por último, en el desplazamiento y el cambio de escalas que marcan estos cuentos, del campo de soja al territorio desertificado y de la homosociabilidad de pueblo a las maricas fitness asimiladas o las maricas posthumanas transmutadas en cactáceas, lo que se figura es un saber marica y disidente de la precariedad ambiental (De Mauro Rucovsky, 2018b: 187) en tanto espacio narrativo de inestabilidad (De Leone, 2016: 196): ¿cuál es el saber marica de la catástrofe, de los fines y de los futuros disfóricos?, ¿qué hacen los machos de campo, los niños amariconados y los gays fitness en un entorno medioambiental contaminado y desértico?, ¿qué es lo que produce esta conjunción y yuxtaposición narrativa entre geografía devastada, deseo homoerótico y pulsión de muerte, procesos ecopolíticos y nuevo régimen climático? Aquello que sabe y enuncian estos materiales culturales recientes es la puesta en suspenso del límite naturaleza/cultura y en igual medida, configuran una temporalidad de acabamiento

narrativo y agotamiento tropológico de lo natural. ¿Esto supone, acaso, una equiparación figural entre desnaturalización normativa marica y desnaturalización del mundo, o como apunta Stacy Alaimo (2016: 65-108) la suspensión normativa de machos y niños maricas tiene su correlato con un mundo desbordado e incontenible (*an uncontainably queer world*)? La literatura de Cristian Molina y Mariano López Seoane inscribe los saberes ecológicos (y en doble sentido, los saberes ecopolíticos inscriben los saberes maricas) como producto de un compromiso interrelacional entre animales humanos, animales no-humanos y otros seres vivos e inanimados dentro de un contexto de explotación expansiva de los recursos del planeta y de contaminación acelerada de los suelos.

La naturaleza ya no es lo que se abarca desde un punto de vista distante, una totalidad estable e idéntica (la objetivación de la tierra como propiedad calculable) que se opone a la mirada humana que la observa como un todo, la trabaja y la explota sino el ensamblaje de entidades contradictorias que deben ser compuestas como un conjunto (escribe Latour, 2012).

En efecto, somos posnaturales (y vale agregar precarios-posnaturales), somos el resultante de las intervenciones agrofarmacéuticas, conexiones, recomposiciones y compostaje de un conjunto híbrido de elementos humanos y no humanos, animales y vegetales, animados e inanimados, orgánicos y tóxicos, contaminantes y ecológicos, analógicos y digitales. Posnatural es, pues, un término cosmopolítico que designa la falta de unidad ontológica en tanto asume la reciprocidad de una perspectiva relacional al interior de una ecología, lo que es decir, “la búsqueda como la domesticación y adaptación de nuevos entes empeñados en hallar su sitio en el colectivo sumándose a los humanos, muy a menudo desplazándolos” (Latour, 2012: 74).

Aquello que apunta *Un pequeño mundo enfermo y Machos de campo* en términos de una paulatina desnaturalización (a nivel corporal y territorial), esto es, la contaminación de los suelos y el entorno medioambiental producto del monocultivo de soja en una geografía marica del deseo. El deseo, la sociabilidad y la educación sentimental marica continúan marcando una latencia, en ese espacio topológico de la ficción que ubica en contigüidad narrativa maricas y contaminación o maricas-soja y enfermedad, que es el lugar de aquello que aún

rechaza la intelibilidad heteronormativa y sus temporalidades de futuros colectivos¹².

Por su parte, en *El regalo de virgo* el mundo desértico del capitalismo tardío adquiere una renovada intensidad porque lo que ocurre es un cambio de objeto de la política, o en la mecánica de gestión y administración política propia de la modernidad. Si del cactus se trata, lo que aquí adquiere centralidad es, ya no tanto la gestión política de la vida (eso que la biopolítica codifica en la vida corporal y poblacional) y en los vínculos interespecies (aquellos que los estudios sobre animalidad ubican en la co-habitación humano-animal) lo que redunda en una perspectiva zoocéntrica o lo que es decir, una jerarquización de la vida animal (incluso en sus versiones antiespecistas y posantropocéntricas) sobre la vida vegetal (Coccia, 2017: 18). La metamorfosis de la especie humana, de Bomba y Mariano en coronas de fuego (específicamente, en el cactus de tipo *Rebutia senilis*) supone el ingreso de un agente geofísico mayor. Es esa zona emergente, de una aparente quietud e intemperie metafísica, tiempo muerto donde nada pasa, los cactus, el desierto y el monte, por donde pasa un plano otro, como escribe Eduardo Viveiros de Castro, un plano de suficiencia intensiva de mundo (2011) o como escribe Déborah Danowski junto a Viveiros de Castro, un plano de agenciamiento sincrético de alta intensidad (2019: 218) que se remonta no solo más allá de lo humano sino también más allá de la vida.

El relato de López Seoane se vincula más bien a la politicidad de lo inerte, lo no-vivo e inanimado en relación al territorio desertificado, las capas geológicas y la escasez de agua, el cactus y su larga temporalidad imbricada en el monte salteño, temporalidad cactácea de largo aliento, entonces, que se encuentra ligada a “los espectáculos cósmicos del universo” (López Seoane, 2017: 56). Maricas que devienen en forma vegetal, cactus que devienen en el monte, la vegetación y el devenir cactáceo son nudos de condensación que se atan a una cronología molar y una topología mayor, de escala planetaria y, a su vez, a un “espectáculo cósmico”. La vida cactácea modifica globalmente al mundo, sin incluso moverse o comenzar a actuar, desde este punto de vista, la fotosíntesis es un proceso de escala atmosférica-

¹² A través de su promesa de algo, lo que “está por ser” o incluso más, la fantasía de una realidad social que nos compromete, el pacto narrativo de la futuridad (Edelman, 2008: 207) en la obra de Molina se refiere a las condiciones proyectivas de reproducción y sostenimiento de la vida que se encuentran, justamente, en riesgo.

cósmica que hace respirar al mundo y lo mantiene en estado de tensión dinámica (Coccia, 2017: 46).

Pensamiento fulgurante, el saber ecológico marica es una mirada molecular que se vuelve expansiva porque logra conectar la microfísica de los cactus con la necesidad cósmica de la atmósfera, en términos cronológicos, el teatro de lo inmóvil con el rango ampliado de los procesos geológicos o en cuanto a modos de relación, es un “cultivo de los gestos” (Bardet, 2019: 86) que se alimenta de perspectivas cruzadas y en reciprocidad de relaciones entre los movimientos incessantes de lo vegetal, el mundo geofísico, la biosfera y el ambiente somático circundante: “Es posible que sea en las pequeñísimas rebutias que hayamos descubierto la potencia de lo micro, de lo que se pierde entre las piedras” (López Seoane, 2017: 62). López Seoane confía en la capacidad ecológica marica como un umbral de otra convivencia entre cuerpo y territorio. Es decir, se trata de una convivencia otra que se mide entre vidas humanas, vegetales, minerales, animales y no-humanas, entre sensaciones y realidades materiales y espirituales de distinta índole. Lo que emerge en este cultivo de los gestos es el agotamiento del mundo como fondo u horizonte de la subjetividad, como fuente estable y próspera de recursos naturales o “como res extensa a disposición del sujeto que se afirma y objetiva en su distinción frente a ella” (Anderman, 2018: 26) pero en cuyo lugar se tornan posibles materialidades vibrantes alrededor de ese ensamblaje posnatural que es el devenir marica-cactáceo con el monte.

Bibliografía

- Alaimo, Stacy (2016). *Exposed. Environmental Politics and Pleasures in Posthuman Times*. Minneapolis & London: University of Minnesota Press.
- Andermann, Jens (2012). “El infierno santiagueño: sequía, paisaje y escritura en el Noroeste argentino”. *Revista Iberoamericana*, XII, 45: 23-43.
- Andermann, Jens (2018). *Tierras en trance. Arte y naturaleza después del paisaje*. Santiago: Metales pesados.

- Casid, Jill H. (2005). *Sowing Empire. Landscape and Colonization*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Coccia, Emanuele (2017). *La vida de las plantas. Una metafísica de la mixtura*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- Danowski, Débora & Viveiros De Castro, Eduardo (2019). *¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra.
- De Lauretis, Teresa (2010). *Freud's Drive. Psychoanalysis, Literature and Film*. New York/Hampshire: Palgrave/Macmillan.
- De Leone, Lucía (2016). “Imaginaciones rurales argentinas: el campo como zona de cruce en expresiones artísticas contemporáneas”. *Cuadernos de literatura*, Vol. XX, Nº 40: 181-203, julio-diciembre. [En línea] <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/download/17256/13813> [Consulta: 24/03/2020].
- De Mauro Rucovsky, Martín (2018a). “Chongos a la deriva”. En Diego Falconí, *Inflexión Marica. Escrituras del descalabro gay en América Latina*. Barcelona/Madrid: Egales.
- De Mauro Rucovsky, Martin (2018b). “La vaca que nos mira: vida precaria y ficción”. *Revista Chilena de Literatura*, Universidad de Chile, abril, Nº 97: 175-197. ISSN: 0718- 2295. [En línea] <https://revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/49094/51597> [Consulta: 24/03/2020].
- Edelman, Lee (2008). *No Future: Queer Theory and the Death Drive*. Durham: Duke University Press.
- Espósito, Roberto (2009). *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Giorgi, Gabriel (2015). “Pulsión de muerte, políticas de la vida”. *Mora*, Vol. 21, Nº 2, UBA, diciembre.
- Haudricourt, André & Bardet, Marie (2019). *El cultivo de los gestos. Entre plantas, animales y humanos*. Buenos Aires: Cactus.

- Latour, Bruno (2012). “Esperando a Gaia. Componer el mundo común mediante las artes y la política” (trad. Silvina Cucchi). *Otra parte*, Nº 26.
- Leff, Enrique (2006). *Aventuras de la epistemología ambiental. De la articulación de las ciencias al diálogo de saberes*. México: Siglo XXI Editores.
- López Seoane, Mariano (2017). *El regalo de virgo*. Buenos Aires: Mansalva.
- Maccioni, Franca (2014). “Moscas de fuego. Cruzas entre cuerpo, imagen y poema en la escritura de J. O. Giannuzzi”. En Gabiela Milone (Org.), *Papeles cruzados: apuntes para un encuentro*. Córdoba: Ed. de la autora.
- Molina, Cristian/Julián Joven (2014). *Un pequeño mundo enfermo*. Mar Del Plata: La bola Editora.
- Molina, Cristian/Púber P (2017). *Machos de campo*. Buenos Aires: Baldíos en la lengua.
- Parrini, Rodrigo (2018). *Deseografías. Una antropología del deseo*. México: UAM-UNAM.
- Perlongher, Néstor (1999). *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*. Buenos Aires: Paidós.
- Povinelli, Elizabeth (2016). *Geontologies: A Requiem to Late Liberalism*. Durham: Duke University Press.
- Sedgwick, Eve Kosofsky (1998). *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Sívori, Horacio Federico (2005). *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Viveiros de Castro, Eduardo (2011). “Desenvolvimento econômico e reenvolvimento cosmopolítico: da necessidade extensiva à suficiência intensiva”. *Sopro*, Nº 51, Maio. [En línea] <https://issuu.com/culturabarbarie/docs/sopro51> [Consulta: 24/03/2020].